

## NATURALEZA DE LOS RECESORES

EDMUND WILSON

Los recensores pueden clasificarse en cinco categorías:

- a) Gente que quiere trabajo. Toda redacción de revista es un punto de referencia para la gente que necesita dinero o trabajo: las salas de espera están siempre llenas de licenciados universitarios, indigentes radicales, jóvenes imberbes y viudas en fuga, muchachos de provincia que se han lanzado a la aventura y muchas otras personas que quieren escribir o que se quieren vincular con la escritura, así como amigos personales de los editores que se encuentran en dificultades. Se debería prestar una atención especial a toda esta gente, aunque sólo sea porque a veces resulta que entre ellos se encuentra un escritor realmente bueno; y las revistas con secciones literarias suelen hacerles escribir reseñas de libros para ponerlos a prueba. Estas reseñas suelen ser muy malas y no muy distintas, si acaso, de los ejercicios de estudiantes de secundaria. Pero el editor querrá pagarlas si sabe que el escritor necesita dinero, y una vez que las ha pagado, sentirá que debe publicarlas si pueden terminar siendo algo presentables. Probablemente, la mejor solución a este problema sea la que adoptó uno de los semanarios de Nueva York. La revista vende los libros sobrantes que llegan a la redacción para ser reseñados y suministra así un fondo permanente para alivio de los escritores necesitados; de este modo, no tiene la obligación de comprarles las reseñas que o bien no se pueden publicar o bien tan sólo son publicables después de que el editor lleve a cabo un laborioso trabajo de corrección.

A los grupos arriba mencionados deberíamos añadir el novelista o poeta empobrecidos que, aunque talentosos y con experiencia en sus respectivos campos, pueden no tener aptitud ni práctica en la escritura de reseñas.

- b) Columnistas literarios. El escritor de la columna literaria de un periódico tiene que leer y comentar uno o más libros al día durante cinco o seis días a la semana. Como leer todos esos libros de forma concienzuda y comentarlos con inteligencia es una tarea que excede las capacidades humanas, no cabe esperar que estos escritores realicen una crítica rigurosa. No a todos ellos les interesa la literatura: algunos son columnistas literarios sólo por accidente; otros pueden ser personas bien preparadas que tienen que escribir tanto y tan rápidamente que no son capaces de dar lo mejor de sí. Pero en cualquier caso hay que juzgar a estos escritores no como ensayistas o autoridades críticas, sino como cronistas de las novedades literarias, esto es, como personas que tratan de dar, de forma más o menos sensible y más

o menos entretenida, una idea más o menos adecuada de las novedades que se están publicando, a través de una selección de fragmentos o de un breve resumen del contenido.

El momento en que es más probable que un recensor de periódico se equivoque es a la hora de explicar el propósito o el significado de un libro. Un escrito breve y concentrado, como sería uno de los cuentos de Ernest Hemingway, se lee muy rápidamente (por supuesto, esos recensores están encantados cuando se encuentran con algo fácil de leer), y lo más probable es que al recensor se le escapen muchos detalles en los que el autor ha trabajado duro para hacerlos implícitos y, por tanto, no capte la idea. Y en el caso de un libro largo, es probable que se vea forzado a leérselo por encima, y así, no tan sólo confunda la intención del autor, sino que además meta la pata sobre cosas que aparecen en el libro. Cuando se publicó en inglés *La Condition humaine* de André Malraux, por ejemplo, las descripciones que se hicieron en los periódicos de los personajes y la historia me parecieron tan diferentes de lo que yo recordaba haber leído en francés que me vi obligado a consultar la traducción. Pero, en general, el traductor había estado acertado: eran los recensores los que en ocasiones se habían confundido por haber tenido que tratar de forma apresurada y brevemente una obra tan compleja y con tantos personajes. Sin embargo, también es verdad que en el caso de *Heaven's My Destination* de Thornton Wilder, uno de los recensores del periódico consiguió mezclar a los personajes. Quizá se le debería pedir al recensor de esta índole que intente evitar este tipo de descuido literal, pero incluso eso es pedirle mucho y, probablemente, es lo máximo que podría esperarse.

- c) Gente que quiere escribir sobre otra cosa. Con frecuencia la crítica literaria es utilizada, en especial por los más jóvenes, como un pretexto para escribir un ensayo personal sobre el tema del que trata el libro o incluso para olvidarse totalmente del libro y escribir un ensayo sobre algún otro tema. En general, tales críticas son amargamente rechazadas tanto por los escritores como por los críticos concienzudos; pero cualquiera que haya sido editor debería leerlas con cierta indulgencia, siempre y cuando sean interesantes en sí mismas: es tan inusual para un editor recibir artículos de cualquier tipo realmente interesantes que no puede permitirse el lujo de descartarlos ni siquiera en las ocasiones en que desplazan a las auténticas reseñas.

También podríamos tratar bajo este prisma el problema de la juventud en general. ¿Debería permitirse que un joven escritor, brillante pero sin experiencia, trate a un escritor maduro de forma injusta en una reseña brillante pero incomprensiva? Hay que dar una oportunidad a los jóvenes, y a veces su punto de vista es importante, incluso cuando lo que dicen está completamente fuera de lugar. Los escritores más veteranos a veces tienen

que resignarse a ser maltratados por los jóvenes. También existen, por supuesto, los viejos amargados que se molestan cuando se ven obligados a escribir reseñas y que descargan su rabia poniendo a los jóvenes en su sitio e injuriando a sus contemporáneos más afortunados.

- d) **Recensores especialistas.** Los resultados con frecuencia tan insatisfactorios de las reseñas de libros de poesía realizadas por personas que nunca han escrito un verso, de las obras de filosofía escritas por personas sin formación filosófica, etcétera, ha llevado a los editores a intentar que sean poetas quienes escriban sobre poetas, filósofos los que escriban sobre filósofos. No obstante, el problema de esto es que es probable que el filósofo o el poeta pertenezcan o bien a la misma escuela o bien a la escuela opuesta, por lo que ambos casos la reseña puede resultar parcial y provocar que el lector externo se lleve una impresión equivocada del libro.
- e) **Críticos revisores.** Éstos son extremadamente raros. La mayoría de gente que es capaz de hacer crítica de primer nivel no quiere interrumpir sus otras tareas por un trabajo tan mal remunerado como el de las reseñas de libros. Casos excepcionales fueron Van Wyck Brooks y H. L. Mencken; pero el primero estaba bastante especializado, y el segundo siempre ha entendido la crítica de libros como una forma de desplegar su propia personalidad y sus opiniones sobre todo tipo de temas. El único escritor norteamericano que hace poco ha intentado realizar este tipo de trabajo en la forma que, idealmente, debería hacerse ha sido un hombre de segunda clase, Stuart P. Sherman. Semejante revisor debe estar más o menos familiarizado, o debe estar preparado para familiarizarse, con la trayectoria literaria de cada escritor importante sobre el que escribe, y ser capaz de escribir sobre el nuevo libro de un autor a la luz de su desarrollo general y de sus intenciones. También debe ser capaz de considerar al autor en relación con la literatura nacional en su conjunto y a la literatura nacional en relación con otras literaturas. Pero esto significa una gran carga de trabajo, y presupone cierta capacitación. Sainte-Beuve fue quizá un caso único. ¿Ha habido alguna vez otro hombre con las capacidades de Sainte-Beuve que dedicará una parte tan grande de su vida a escribir artículos semanales sobre temas variados?

No obstante, me gustaría apuntar que para los editores podría resultar rentable conseguir un escritor de literatura realmente capaz y lograr que le salga a cuenta dedicar parte de su tiempo a escribir un artículo por semana. Para encontrar un hombre que reúna buena formación, inteligencia y capacidad literaria, lo mejor es buscar en las universidades, donde el *Herald Tribune* encontró a Stuart Sherman y el *New Masses* a Granville Hicks. Digamos que el editor consiga un Newton Arvin o un Haakon Chevalier, que no le imponga tareas que le impidan realizar sus artículos semanales –cuando Burton Rascoe llevaba la sección de libros en el

*Herald Tribune*, la calidad de sus artículos cayó en picado porque tenía demasiadas cosas que hacer— y le pague lo suficiente para que pueda vivir de ello. No hay que esperar que reseñe todo lo que se publique en el mercado editorial, sino pedirle que escriba cada semana sobre un autor o un libro. Creo que este procedimiento sería valioso para las revistas que lo siguieran y una noticia excelente para el mundo de la literatura en general.

#### PSICOLOGÍA ESPECIAL DE LOS RECENSORES

El recensor, como cualquier otro tipo de escritor, tiene su ego; y dado que está continuamente ocupado con libros de otra gente, en cierta manera es difícil que pueda reafirmarlo. Una de las mejores maneras en que un recensor puede tener la sensación, aunque indirecta, de que está creando algo es alentando y presentando a nuevos escritores hasta entonces desconocidos; pero, cuando un escritor ya es conocido, el recensor puede sentirse poderoso con el simple gesto de menospreciarlo. Siempre se debe tener en cuenta esta psicología. En el mundo literario de los últimos años hemos visto a los críticos más exigentes alabar a un gran número de escritores cuando aún no eran conocidos, y después desbancarlos cuando alcanzaron la fama. Por esto han pasado, por turno, Eugene O'Neill, Edna St. Vincent Millay, Ernest Hemingway y Thornton Wilder. Actualmente lo más extraño en el mundo es encontrar una palabra inteligente por parte de la crítica sobre cualquiera de estos importantes escritores. Al pobre Saroyan lo hicieron recorrer este ciclo en tiempo récord. Primero lo descubrieron los editores de *Story*, entre cuyos lectores se ganó una reputación. Luego, cuando se publicó su libro, recibió enseguida algunas reseñas entusiastas. Pero después lo aplastaron triunfalmente, tras lo cual a los recensores posteriores de sus libros no les ha quedado otra cosa que intentar que se avergüence de sí mismo.

#### DEBERES DEL RECENTOR PARA CON EL AUTOR

Por otro lado, sin embargo, el recensor tiene ciertas obligaciones para con el escritor.

He recomendado que los editores sean indulgentes con los recensores que utilizan los libros que se supone que tienen que reseñar como pretextos para expresarse a sí mismo; pero sólo en los casos —bastante raros en realidad— en que sus artículos sean interesantes en sí mismos. No hay excusa en absoluto para las reseñas sin interés que no cuenta nada sobre el libro. Deberíamos esperar que el recensor, como mínimo, nos provea de información. Contar el argumento de una novela, describir el sumario de un libro histórico o filosófico, seleccionar pasajes representativos e intentar comunicar la calidad de un poeta es la parte más

aburrida del trabajo de un recensor, pero es una parte absolutamente esencial. Se debe dar la oportunidad al lector de juzgar si estaría interesado o no en el libro, con independencia de lo que el recensor pueda pensar del mismo; y es una disciplina indispensable para el recensor, y para cualquier crítico, plasmar lo esencial del libro en sus propias palabras. El recensor, cuando se enfrasque en esta tarea, probablemente descubrirá en el libro algo más, o algo menos, o algo diferente de lo que imaginaba encontrarse cuando lo leyó por primera vez. Si el autor es incoherente o impreciso, el crítico será capaz de detectarlo. Si el recensor es incompetente, su ineptitud será evidente para los lectores más atentos cuando descubran que no puede decirles qué se encontrarán en el libro.

La incapacidad para seguir este procedimiento es uno de los factores responsables de esos ensayos pretenciosos y opacos sobre estética, metafísica o sociedad que, especialmente en las reseñas elitistas, se cuelgan a veces de los títulos de los libros. El lector no tiene manera de saber, si él mismo no ha leído los libros, si prueban o no los comentarios del crítico: los títulos desempeñan el papel de mostradores a los que, desde el punto de vista del lector, no se ha asignado ningún valor. Es tan vitalmente importante para el crítico establecer identidades definidas para los libros sobre los que habla en un ensayo como lo es para el novelista establecerlas para los personajes que aparecen en su historia.

*Polonio del trabajador literario. Breve guía para escritores y editores,*  
de Edmund Wilson.